

Guillermo Bustamante Z*

VEROSIMILIZACIÓN¹ Y CRITERIOS EPISTEMOLÓGICOS: LAS DOS PRIMERAS PARTES DEL “CRATILO”

Si (como el griego afirma en el *Cratilo*)
El nombre es arquetipo de la cosa,
En las letras de rosa está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.

Jorge Luis Borges².

0. Introducción

El diálogo platónico sobre el lenguaje³ puede dividirse, al menos, en las siguientes cuatro partes: a) Verosimilización, b) Establecimiento de criterios, c) Discusión con Hermógenes y d) Discusión con Cratilo. En ese contexto, el presente artículo solamente propone elementos de análisis sobre las dos primeras partes; no obstante, lo hago público, primero, porque esas partes han sido poco comentadas en los estudios sobre el diálogo y, segundo, porque se refieren a propósitos no explícitos en el texto, pero que tocan aspectos fundamentales del lenguaje. En esa medida, el artículo podría constituir una introducción al estudio del diálogo; estudio que me propongo hacer, a partir de la discusión de los criterios esbozados aquí.

1. Verosimilización

Hermógenes. —Aquí tenemos a Sócrates. ¿Quieres que le admitamos como tercero, dándole parte en nuestra discusión?

Cratilo. —Como gustes.

* Profesor Universidad Pedagógica Nacional.

¹ La palabra “verosimilización” es un neologismo. Justifiquemos su existencia. El diccionario de la Real Academia de la Lengua sólo registra en esta familia semántica las palabras verosímil, verosimilitud y verosimilmente. De la primera, un adjetivo, dice: «Que tiene apariencia de verdadero. Creíble por no ofrecer carácter alguno de falsedad». De la segunda, un sustantivo, dice: «Cualidad de verosímil». Y de la tercera, un adverbio, dice: «De modo verosímil». Es decir, no tenemos un verbo como “verosimilizar”, entendido como «Proceso mediante el cual algo adquiere apariencia de verdadero»; verbo del cual podemos derivar el sustantivo “verosimilización”, entendido como «Acción de verosimilizar».

² Primera estrofa del poema «El Golem», de Borges (1974a: 885-887).

³ Traducido en Aguilar como *Cratilo* o de la exactitud de las palabras. y en Porrúa como *Cratilo* o del lenguaje.

Este fragmento con el que se inicia el diálogo *Cratilo*, es una parte bien definida y relativamente independiente en el texto; se podría decir que constituye la primera parte, su justificación. Como constata el traductor de las obras completas de Platón en la edición de Aguilar, otro diálogo, *Filebo o del placer*, tiene una introducción similar⁴. Allí también parece interrumpirse una conversación, esta vez entre Sócrates y Filebo, para dar entrada a un tercero: Protarco.

Después de la corta intervención de Hermógenes, en la que consulta a Cratilo la participación de Sócrates, parecería:

- que Sócrates pasa casualmente por el lugar;
- que una conversación se viene realizando, desde antes de pasar él⁵
- que tal diálogo se interrumpe al llegar él; y
- que, a continuación, se va a dejar constancia de lo ocurrido (conversado).

En consecuencia, el texto va construyendo un lector que ha de comenzar con la certeza de que va a leer la reproducción fiel de un diálogo real; por ende, que los personajes son reales y que sus posiciones son las que objetivamente tomaron, al menos en ese momento. Muchos autores así lo creen: Jaime Bernal y John Lyons, por ejemplo.

Si idéntico diálogo hubiera comenzado diciendo, por ejemplo, «En un distante planeta de la estrella Pólux, en el siglo XXXV...», el efecto producido en el lector sería, inmediatamente, el de literatura fantástica, y, aunque hubiera nombres históricos, el lector imaginaría «personajes ficticios».

El efecto de realidad que produce el comienzo del diálogo platónico es llevado a cabo por un mecanismo que llamaremos «de verosimilización»; tal mecanismo es reconocido como literario: el narrador del relato tiene que persuadir a su lector de que el mundo narrado es real, así haya, por ejemplo, violación de leyes naturales. De tal manera, el lector reclama la falta de verosimilitud cuando la acción de la espada láserica que hace desaparecer una edificación completa, pero que, aplicada al héroe, sólo le produce leves heridas... y no reclama por la existencia misma de la espada.

Sin embargo, ahí no se detiene el mecanismo: algunos textos de la literatura contemporánea desdoblán esta estructura: ya no se trata de persuadir sobre la realidad del relato mediante la narración misma, mediante la consistencia interna

⁴ También es similar allí el recuento que se hace al nuevo interlocutor, lo cual constituye la base “discursiva” de una segunda parte bien precisa en ambos diálogos.

⁵ La edición de Aguilar señala que esta introducción al diálogo «quiere hacer ver que la conversación entre Hermógenes y Cratilo dura ya hace un rato». Decirlo es apenas una constatación literal del texto, pero que invita a investigar la función a la cual sirve el mecanismo que se verifica con ese hecho.

del relato, sino de justificar la ficción desde fuera de ella: que la ficción sea parte de la realidad:

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama The Anglo-American Cyclopaedia (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa de la Encyclopaedia Britannica de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche [...].

Este comienzo del cuento «Tlön, Uqbar, Orbis tertius», de Borges (1974c: 431), habla de objetos: por ejemplo, libros con sus referencias bibliográficas; de sitios específicos: la calle Gaona, en Ramos Mejía; de momentos precisos: «hará unos cinco años»; y de una persona: Adolfo Bioy Casares. Tal es el expediente para que lo enunciado sea verosímil; doblemente verosímil: como ficción literaria coherente y, además, apuntalada en la realidad, lo que, automáticamente, invalida toda indagación de verdad sobre ella. Paradójicamente, el cuento habla de cómo los elementos de la ficción se interpolan a la realidad.

En esa línea, Bioy Casares escribe una novela, *La invención de Morel*, en la que un personaje conjetura (1979:17) que se encuentra en la isla Villings, perteneciente al archipiélago de Las Ellice; a esas alturas, aparece en el texto una nota, bajo la convención tipográfica «N. del E.», en la que se objeta, y se aclara, la situación geográfica aludida. Parece que se saltara, de la ficción del personaje, a la realidad del editor. Sin embargo, tal “editor” es introducido por un personaje (¿una función narrativa por encima del narrador dominante?); por lo tanto, existe sólo en el relato⁶, aunque parezca exterior al mismo, aunque parezca una persona: el editor. De la misma manera, la novela *Música* de Mishima (1993) tiene un «Prefacio del Editor» que no es más que el intento de construir, desde la narración, un lector que juzgue la novela como constatación científica de un caso clínico real. La literatura contemporánea está llena de ejemplos. Pero, ¿por qué habría de limitarse esto a la literatura?: el caso de Stanislaw Lem es paradigmático: escribió un libro de crítica literaria en el que comenta cinco novelas... inexistentes!

Ni siquiera suponiendo que el ámbito de la significación estuviera restringido al de los referentes objetivos, se puede plantear que el lenguaje es indiferente a la verosimilización, pues los hombres tienen a su disposición los sistemas de signos, dado que no pueden manipular o indicar todos los objetos, relaciones y eventos, en los distintos espacios y tiempos de su existencia. De ahí que los signos tengan, como propiedades esenciales, las de significación en ausencia de sus referentes y desplazamiento espacio-temporal: las lenguas humanas hablan de lo que no está en el espacio de la comunicación, así como de lo que no está en el momento de la comunicación. En tal caso, ¿qué nos garantiza que los referentes son objetivos?

⁶ Se comprueba fácilmente por el hecho de figurar esa anotación en publicaciones del mismo texto en editoriales distintas.

Sólo en una mínima proporción las lenguas se refieren a los elementos presentes en el contexto comunicativo; y, aún así, éstos aparecen en el enunciado marcados⁷ y como ejemplares de clases.

Pero el ámbito de la significación va más allá. El hombre construye *su mundo* alrededor de sistemas de referencia que trascienden *el mundo*: por un lado, lo predecible, lo probable, lo realizable, lo íntimo-evidenciable, lo instituíble y lo decidible, son “estados de cosas significados” distintos del estado de cosas “real” (Baena, 1992). Si esto es así, el mecanismo de la verosimilización no constituye, un patrimonio exclusivo de la literatura, ni una excepción en el uso del lenguaje, sino que está en la especificidad de éste.

Y, por otro, lo formalmente posible y lo bello, que tienen que ver con funciones semiótica y estética del lenguaje, sirven de base para pensar que los referentes de la ley, la sexualidad, el arte y el trabajo, constitutivos de lo humano, están sustentados por la autorreferencialidad de los sistemas de signos mismos, no por las cosas (Bustamante, 1993). Manipulamos signos y después «[...] razonamos como si lo que se deriva de sus nombres se derivase también de las cosas en la realidad», decía Aristóteles⁸.

En consecuencia, los hombres no sólo tratarían de *establecer la verdad* (al formularlo así, parece que fuera posible tener un hombre frente al mundo para aprehenderlo mediante el lenguaje), sino, fundamentalmente, de *dar la impresión de verdad*, de verosimilizar, lo cual depende más de la habilidad del relato (Todorov, 1970a: 11) que de la fidelidad a la realidad. En ese sentido, es necesario reconocer la habilidad de los relatos platónicos, que a no pocos han hecho creer que se trataba de reproducciones de diálogos, o que «los sostenedores del diálogo no son personajes ficticios: Cratilo fue uno de los maestros de Platón y Hermógenes se constituyó en uno de los elementos más notables de la escuela socrática» (Bernal, 1984:21).

Es relevante cómo el género que, se supone, pretende producir contenidos de realidad en sus discursos—la Ciencia— no es concebido hoy como conjunto de enunciados sobre la realidad, sino como un sistema cultural (Elkana, 1983; Feyerabend, 1986), o sea, de signos. Es decir, que, en gran medida, hemos tenido “verosímil” en lugar de “verdad”, y “susceptible de ser creído”, en lugar de “susceptible de ser demostrado”.

Inscritas en este mecanismo general del lenguaje, consistente en parecer transparente, en parecer un reflejo sumiso de las cosas, están otros tipos de verosimilización; además de aquellos que, tradicionalmente, se le han atribuido a la literatura, también es posible pensar que un discurso es verosímil cuando está

⁷ Es decir, que, como por defecto la significación se considera genérica, cuando no lo es, el signo aparece señalado con un elemento extra (por ejemplo, los deícticos).

⁸ Citado por Wilson (1974:101).

en conformidad con otro discurso anónimo, no personal: aquello que la mayoría cree y que ha puesto en el lugar del referente. Esto permitiría plantear:

— que los ámbitos de «creencia» de las mayorías (y de las minorías) se corresponden con espacios de producción e interpretación de discursos, en el seno *deformaciones ideológicas*, y por efecto de prácticas ideológicas específicas; es decir, determinados por condiciones históricas concretas; con tales presupuestos, lo verosímil sería la reiteración del discurso (Metz, 1970:25); y por lo tanto,

— que, siendo lo social un espacio de contradicciones, hay innumerables ámbitos de producción e interpretación de sentido, de verosimilización, que no necesariamente son solidarios entre sí. Estos ámbitos podrían estar delimitados por las *formaciones colectivas* a las que entregamos la instancia crítica, es decir, la pasión del juicio (Freud, 1978). Si esto es así, con lo verosímil estamos más cerca de lo deseable que de la realidad (Metz, 1970:20). A propósito, ya Freud había hecho notar la inclinación del psiquismo humano a considerar como cierto (verosímil, real) aquello cuya aceptación no le causa displacer.

De igual manera, y atravesando las formaciones colectivas e ideológicas, los géneros discursivos hacen que la verosimilitud de los enunciados dependa de una serie de convenciones y de comparaciones (Metz, 1970:27) propias del campo: es verosímil un hombre sucio y vulgar en el papel de héroe, siempre y cuando se trate del *western*, pero no si se trata de una telenovela.

En consecuencia, el *Cratilo* de Platón no es explícitamente ficción: no trata, mediante la consistencia interna, de mantener altopías, utopías, ucronías, metacronías o metatopías⁹. Tampoco se inscribe en un género que predisponga la interpretación en ese sentido: no es reconocido como literatura, por ejemplo, ni escrito por un autor literario, ni en una práctica social estética. Lo que deliberadamente trata de ser es una constatación; pero como no lo es, como es una ficción, la primera parte, usando un mecanismo discursivo —reconocido más como de naturaleza literaria que argumentativa—, trata de hacerlo verosímil como constatación. Además, puede decirse que el género en el que se inscribe («ensayo filosófico», podría llamársele) verosimiliza al diálogo, y que la verosimilización discursiva contribuye a inscribirlo en el género: “como es filosofía, es verdad; como es un diálogo verdadero, puede ser filosofía”.

El mecanismo está al servicio de dos objetivos filosóficos: por un lado, hacer efectiva una forma de concebir cómo se produce el conocimiento¹⁰ de ahí la forma misma de diálogo, pues, para Platón, estas críticas no deben hacerse desde el lugar del que sabe, sino resultar del cuestionamiento inmanente del discurso del otro (Zuleta, 1977). Y, por otro, criticar unas ideas —para entonces dominantes—

⁹ Respectivamente: otro mundo verdaderamente real; un mundo posible paralelo; el mundo real, si las cosas hubieran ocurrido de otra manera; y, el mundo real, proyectado en el tiempo o en el espacio (Eco, sf).

¹⁰ Aspecto que va a plantearse en la segunda parte; Cf 2.

sobre el lenguaje, lo que se logra fundamentalmente mediante un mecanismo semántico (partes tercera y cuarta del diálogo). Entonces, la necesidad de verosimilizar el supuesto diálogo es la legitimación de un método y de unas ideas, para que —parafraseando la anterior cita de Aristóteles— pueda ocurrir que «manipulemos personajes y, después, razonemos como si lo que se deriva de ellos se derivase también de los filósofos». Por esto, la develación del mecanismo permite pensar:

— que, en esa época, un diálogo no habría podido fijarse de manera tan exhaustiva como se muestra en el texto; sobre todo, teniendo en cuenta la manera aparentemente casual como ocurre, y la no explicitación de un cuarto participante en el papel de copista; personaje que, de existir, es claro que se trata de un Narrador literario, pero ausente del plano de la historia; es decir, un narrador exodiegético (Serrano, 1981), que deja conocer las palabras de los participantes mediante el Estilo Directo; o sea, el estilo que más oculta su presencia, en la medida en que permite seleccionar las voces sin que la selección sea “visible”, ya que sólo aparecen las intervenciones verbales de los personajes;

— que las posiciones del filósofo Cratilo no sólo no tienen por qué coincidir con las del personaje, sino que es irrelevante el que coincidan. Para el caso específico del diálogo y sus alusiones históricas, ambas posiciones no coinciden. Cratilo, como continuador de Heráclito¹¹ que fue, no podía sostener una posición naturalista frente al lenguaje, como la que sostiene el personaje, pues los principios heraditianos (por ejemplo: «nada permanece») niegan una condición necesaria para sostener una idea naturalista del lenguaje: la esencia de las cosas;

— que las posiciones del filósofo Hermógenes tampoco tienen por qué coincidir con las del personaje, siendo irrelevante el que coincidan. En nuestro caso, tampoco coinciden. Hermógenes, como sofista que era (Wahl, 1972:93), mantenía principios como «El hombre es la medida de todas las cosas» (Protágoras), «Todas las cosas son las mismas para todos» (Eutidemo) o «Nada existe; si existiera, no sería cognoscible; si fuera cognoscible, no sería comunicable» que sustentan una concepción convencionalista del lenguaje. Sin embargo, el personaje no defiende la escuela sofista durante la discusión con Sócrates.

Esto da una visión sobre el diálogo en general: todo él constituye una simulación. En consecuencia, no podría afirmarse que el autor toma una posición determinada frente al debate convencionalismo —vs—naturalismo, ni determinarse la posición de Cratilo, Hermógenes o Sócrates, en tanto filósofos, sobre la base de lo que dicen los personajes en el diálogo. No obstante, el mecanismo discursivo ha tenido sus efectos: en el campo de la Lingüística, John Lyons (1975:5), por ejemplo, cree ubicar la posición de Cratilo y caracterizar el trabajo de Platón, a partir del diálogo:

¹¹ Wahl (1972:93) comenta que, según Aristóteles, Cratilo llevaba tan lejos la doctrina de su maestro Heráclito que nada decía; permanecía en silencio.

«Los partidarios extremistas de la escuela “naturalista”, como Cratilo —cuyos puntos de vista describe Platón en su diálogo de este nombre—, sostenían que todas las palabras eran realmente apropiadas “por naturaleza” a las cosas que significaban». En el campo de la filosofía, Cruz (1977), por ejemplo, maneja también cierta ambigüedad en relación con la diferencia entre personaje de un relato y filósofo efectivamente existente.

2. Criterios epistemológicos

Una vez admitido Sócrates en el Diálogo, pasamos a la segunda parte: una «Introducción» en la que Hemógenes pone a Sócrates al tanto de la discusión en curso. Esta parte, que consta de la segunda y tercera intervenciones de Hemógenes y de la primera de Sócrates, exterioriza los principios subyacentes puestos en juego durante la charla entre Cratilo y Hermógenes a propósito de cómo se genera el conocimiento y de cómo se enseña y se aprende. Aunque abordar estos temas no es el objetivo explícito del diálogo¹², sí lo es en la obra de Platón.

A continuación, se especificarán los aspectos sobre los que se toma posición (deseo de saber, claridad, poder, posesión del conocimiento, cómo se aprende-enseña, acceso al conocimiento, conocimiento y autoridad, negación de conocimiento, y conocimiento o retórica). Se plantean, entonces, las perspectivas frente a cada aspecto: en primera instancia, la que Sócrates quiere debatir; después, la que él asume.

Deseo de saber

Sócrates plantea irónicamente la posibilidad de un conocimiento que no deja espacio para el deseo; dice que Pródico, un sofista, da unas charlas sobre el lenguaje que nada dejan que desear. En lugar de esto, Sócrates se coloca en posición de generar el deseo de saber en su interlocutor; el que ya sepa, no puede desear saber, pues se desea aquello de lo que se carece. Por otra parte, Hemógenes se queja de que Cratilo no satisface su vivo deseo de comprenderlo.

Claridad

Cratilo, situándose en la posición de quien tiene el conocimiento (posición otorgada, claro está, por Hemógenes), asume de inmediato una autoridad y una superioridad; esto se evidencia en la denuncia de Hemógenes, quien plantea que Cratilo no le responde nada que sea claro. Parece que hacer un esfuerzo por ser comprensible le quitara la posibilidad de ejercer autoridad. Resulta secundario, en tal sentido, si la imposibilidad de comprender viene de Hemógenes o de las palabras de Cratilo. Para Sócrates, en cambio, el conocimiento establece dife-

¹² El cual parece ser, como reza el título para algunas de las traducciones, «la exactitud de las palabras».

rencias de acceso, pero es accesible a todos. Si es conocimiento, debe ser universalmente comunicable. Las preguntas de Sócrates, al menos en principio, apuntan a la claridad de la exposición de las ideas, una de cuyas condiciones sería: si los presupuestos no son establecidos consensualmente, no habrá claridad.

Poder

Según Hemógenes, Cratilo se burla de él y finge pensar en sí mismo cosas que lo obligarían a ser de su opinión. El sabio lleva en sí tal poder que bastaría con enunciar el saber para obligar (ni siquiera “convencer”) a su interlocutor a abandonar sus ideas. Conocimiento es poder. Ello autoriza la burla. Por su parte, Sócrates aproxima al otro a las posibilidades en torno al saber para que tome una decisión; para él, entonces, el conocimiento libera. Por eso, Hemógenes y Cratilo no son dominados por Sócrates en el curso del diálogo, sino ayudados a comprender sus propios presupuestos, incongruencias y carencias.

Posesión del conocimiento

La posición de Cratilo es la de tener un conocimiento; tanto así, que puede entregarlo si quiere; de la misma forma, la demostración de Pródico no deja nada que desear. Pero, la posición de Hemógenes no es contraria, más bien es complementaria, pues deja la relación de posesión intacta, poniéndose del lado del desposeído: va en busca de Cratilo bajo la certeza de que alguien tiene el conocimiento y, dado el fracaso de su primera tentativa, va en busca de Sócrates: «si pudieses, Sócrates, explicarme el secreto». Para Sócrates, en cambio, nadie posee el conocimiento: «Estoy dispuesto a unir mis esfuerzos a los tuyos y a los de Cratilo y a hacer las posibles indagaciones con vosotros[...] examinemos, por lo tanto, juntos [...]».

Cómo se aprende-enseña

En el caso de los sofistas, parece que con decir la verdad, por un lado, y con oírlo, por el otro, se completa el circuito de la enseñanza-aprendizaje y, además, se capacita al otro automáticamente: «[...] si las hiciera conocer daramente, me obligaría, sin duda, a ser de su opinión, y a hablar como él habla». A diferencia de esto, para Sócrates es necesaria la indagación conjunta y el sometimiento de las ideas a una crítica lógica; por tal motivo, lee lógicamente los planteamientos del otro para que encuentre sus carencias y produzca el deseo de saber y construya un saber.

Acceso al conocimiento

El conocimiento aparece, para Hemógenes, como un secreto a revelar: «Si pudieses, Sócrates, explicarme el secreto de Cratilo». Claro que Cratilo tiene la misma posición, pues se deja poner en esa posición y la aprovecha. Sócrates

ironiza con esto al decir que, como no pagó la cuota completa exigida por Pródico en sus lecciones, en consecuencia, no puede saber sobre los nombres lo que es cierto y lo que no lo es. En realidad, Sócrates cree que el conocimiento es difícil, pero no secreto: «Las cosas bellas son difíciles de saber [...] no es fácil ver claro en estas materias [los nombres]».

Conocimiento y autoridad

En el hecho de apelar a Sócrates y a Pródico, se materializa la posición según la cual la autoridad dirime las dudas conceptuales. Para Sócrates, como en el conocimiento no puede haber autoridad, requiere el «esfuerzo común» y la razón; o sea, es una cosa que “les ocurre” a los sujetos si mantienen cierto procedimiento.

Negociación del conocimiento

Si el conocimiento se posee, puede comprarse y venderse. Por eso Pródico vende a 50 dracmas el conocimiento que no deja dudas sobre el asunto de los nombres. Por la misma razón, Sócrates hace una ironía: como sólo tenía un dracma, conoce una fracción sobre los nombres (la lección valía 50), de la misma manera que se puede comprar y vender por fracciones una mercancía discreta. Pero, si el conocimiento no se tiene, si es un proceso colectivo, no se puede negociar.

Conocimiento o retórica

Para los sofistas, era fundamental convencer, tener elocuencia, más que la consistencia interna de la argumentación; ellos pueden demostrar cualquier cosa, la clave está en la solvencia verbal, en la retórica. La posición de Sócrates es contraria: es necesario consultar la lógica de las concepciones; por eso analiza la consistencia de las ideas de Hermógenes y de Cratilo (en la tercera y la cuarta partes), sin importar si son verosímiles o si están expuestas convincentemente.

3. Conclusión para continuar

Explícitamente, el *Cratilo* no es ficción, ni se inscribe en un género literario; se exhibe como una constatación. Su género discursivo (ensayo filosófico) verosimiliza la ficción que contiene, y la verosimilización contribuye a inscribirlo en ese género.

POSICIÓN SÓCRATES	DISCUTIDA POR	POSICIÓN DE SÓCRATES
Deseo de saber		
El conocimiento no deja nada que desear		El conocimiento requiere el deseo de saber
Claridad		
El conocimiento da autoridad-superioridad		El conocimiento es accesible, pero con diferencias individuales
Poder		
La posesión del conocimiento confiere poder		El conocimiento libera
Posesión del conocimiento		
Alguien posee los conocimientos		Nadie posee el conocimiento
Cómo se aprende-enseña		
Oyendo-exponiendo la verdad		Indagando conjuntamente y sometiéndose a una crítica lógica
Acceso al conocimiento		
El conocimiento es un secreto a revelar		El conocimiento es difícil, no secreto
Conocimiento y autoridad		
La autoridad dirime las dudas conceptuales		En el conocimiento no hay autoridad
Negociación del conocimiento		
El conocimiento se puede comprar-vender		El conocimiento no se puede comprar-vender
Conocimiento o retórica		
Es necesario convencer, tener elocuencia		Es necesario consultar la lógica de las concepciones

La “verosimilización” no es una excepción ni algo exclusivo de la literatura. Es el efecto de realidad de la significación, en cuanto funciona en ausencia de referentes, trata el contexto como ejemplares de clases, se refiere a lo predecible, lo probable, lo realizable, lo instituíble y lo decidible; y en cuanto trabaja la habilidad del relato, la capacidad de hacer algo creíble, la conformidad con otros discursos anónimos, la reiteración del discurso, lo deseable, las convenciones propias de un género discursivo.

En el caso del **Cratilo**, al verosimilizar el diálogo, no sólo se busca criticar unas ideas dominantes sobre el lenguaje (que aquí no se comentaron), sino, sobre todo, materializar la siguiente concepción: el conocimiento requiere el deseo de saber, es accesible, libera, nadie lo posee, no se puede comprar-vender, no soporta la autoridad, es difícil, no es secreto, y se produce indagando conjuntamente y sometiéndose a una crítica lógica.

Bibliografía

- BAENA, Luis Ángel. «Actos de significación». En: Revista Lenguaje No.19-20. Cali: Univalle, noviembre de 1992.
- BERNAL, Jaime. Tres momentos estelares en lingüística. Bogotá: Caro y Cuervo, 1984.
- BIOY CASARES, Adolfo. La invención de Morel. Madrid: Alianza, 1979.
- BORGES, Jorge Luis. «El idioma analítico de John Wilkins». En: Otras inquisiciones. En: Obras Completas. Buenos Aires: Emecé, 1974a.
- El otro, el mismo. En Obras..., cit. Buenos Aires: Emecé, 1974b.
- Ficciones. En Obras..., cit. Buenos Aires: Emecé, 1974c.
- BUSTAMANTE, Guillermo. «El espacio del hombre». En: Revista Cuestiones de filosofía. No. 1. Tunja: UPTC, 1993.
- CRUZ VÉLEZ, Danilo. Aproximaciones a la filosofía. Bogotá: Colcultura, 1977.
- Eco, Umberto. «La ciencia-ficción y el arte de la conjetura». En: Suplemento dominical del diario La Prensa. S.F.
- ELKANA, Yehuda. «La ciencia como sistema cultural: una aproximación antropológica». En: Boletín, Volumen III, No. 10-11. Bogotá: Sociedad colombiana de epistemología, 1983.
- FEYERABEND, Paúl. Tratado contra el método. Madrid: Tecnos, 1986.
- FREUD, Sigmund. «Psicología de las masas y análisis deL yo». En: Psicología de las masas. Madrid: Alianza, 1978.
- GILSON, Étienne. Lingüística y filosofía. Madrid: Gredos, 1974.
- LYONS, John. Introducción en la lingüística teórica. Barcelona: Teide, 1975.
- METZ, Christian. «El decir y lo dicho en el cine: ¿Hacia la decadencia de un cierto verosímil?». En: Lo verosímil. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970.
- MISHIMA, Yukio. Música. Bogotá: Seix Barral, 1993.
- PLATÓN. Cratilo o de la exactitud de las palabras. Madrid: Aguilar, 1966. Cratilo o del lenguaje. México: Porrúa, 1984.

SERRANO, Eduardo. «Consideraciones sobre el narrador y el narratario». En: Revista Poligramas No. 7. Cali: Univalle, 1981.

TODOROV, Tzvetan. «Introducción». En: Lo verosímil.

Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970a.

---- «Lo verosímil que no se podría evitar». En: Lo verosímil. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970b.

WAHL, Jean. «Platón». En: La Filosofía griega. (Historia de la filosofía. Vol. 2). Madrid: Siglo XXI, 1972.

ZULETA, Estanislao. Lógica y crítica. Cali: Univalle, 1977.

